

Con Isabel Sarli

Un distinto amanecer

Jorge Ruffinelli

La actriz argentina Isabel Sarli fue el equivalente latinoamericano de Anita Ekberg, Sofía Loren o Rita Hayworth. Protagonizó atrevidos filmes que ahora se consideran de culto. El escritor y crítico uruguayo Jorge Ruffinelli —gran estudioso de la obra de Onetti y autor de América Latina en 130 películas— rinde un emotivo tributo a la candente diva sudamericana.

Era la innegable diosa de nuestra adolescencia. Motivó varias “rabonas” del Liceo para ir a ver sus películas. La lista es larga: veintisiete películas baratas e ingenuamente kitsch como *Favela*, *El trueno entre las hojas*, *Sabaleros*, *Los días calientes*, *Una mariposa en la noche*, *La diosa impura*, *La tentación desnuda*, *Carne*, *Fuego*, *Furia infernal*, *La burrerita de Ypacaraí*, *Una viuda descocada*. . . (Ni siquiera advertimos entonces que dos de ellas estaban basadas en guiones de Augusto Roa Bastos sobre textos propios). Como éstas no eran permitidas a menores, debíamos también colarnos en el cine. La conocíamos como Isabel, o “la Sarli”. Otros, con mayor confianza, la llamaban (y aún la llaman) Coca. O Coca Sarli. O señora Sarli. Según la relación que se tenga con la estrella. Y la nuestra, de adolescentes, era de admiración y entusiasmo. Porque Isabel fue muy importante en nuestras vidas. Dado el rumoroso despliegue de sus pechos, en cada una de sus películas, ayudó a que éstos transfirieran —en nuestro imaginario— su origen nutricional y maternal a una funcionalidad sensual y erótica. Porque su atractivo no era simplemente el de su desnudez, sino el de la desnudez de sus pechos. De ahí que nadie pudiese superarla, ni siquiera llegarle a los ta-

lones. ¿Libertad Leblanc? Jamás. Libertad fue un invento para crear oposiciones en el culto mediático, así como Hollywood opuso a Jane Russell y Marilyn Monroe, la de los cabellos negros frente a frente con la rubia. Dos físicos para un mismo deseo adolescente.

El 13 de agosto de 2010 el prestigioso Lincoln Center de Nueva York ofreció una retrospectiva de sus películas (*Setenta veces siete*, *Fuego*, *Carne*, *Carne sobre carne*, *Desnuda en la arena* y *La diosa virgen*) a través de la Film Society. Combinó títulos serios como el dirigido por Leopoldo Torre Nilsson (*Setenta veces siete*) con las películas kitsch de Bó, incluyendo el reciente documental de Diego Curubeto, *Carne sobre carne* (2009). Produjo en Richard Corliss, el crítico de cine de *Time*, la implausible tarea de encontrarle a Isabel un equivalente, de Elizabeth Taylor a Sofía Loren, y terminando con la modelo paraguaya Larissa Riquelme (¡qué despistado!). Lo más singular es que el programa del Lincoln Center haya sido organizado no por dos hombres adultos en memoria de sus años adolescentes, sino por dos mujeres, Daniela Blajar y Livia Bloom, quienes descubrieron a Isabel muchos años después —y en TV, no en la pantalla grande— que sus admiradores iniciales. “Blajar,

que nació y se crió en la Argentina”, dice *The New York Times*, “le contó a su colega que cuando era adolescente los padres las dejaban quedarse solas en su casa con su hermana cuando ellos salían, con una condición: que limpiaran. Blajar aprovechaba ese momento de libertad en sus noches de adolescente para encontrarse con la Coca Sarli en la pantalla de la televisión por cable”.

Hasta hoy, el mayor reconocimiento norteamericano sigue siendo el de John Waters, quien se inspiró en Isabel para su película *Pink Flamingos* (1972), al punto de confesar no saber “cuánto robé” de *Fuego*: “Isabel, inspiraste en todos nosotros una vida de exhibicionismo barato, deseos sexuales exagerados y un amor por todo lo que es inclinación por la basura en cine”.

Con los años, y mucho antes de conocer personalmente a Isabel, supe y coleccioné en la memoria anécdotas sobre la filmación de sus películas. Algunas, a través de los libros que se le han dedicado; otras, por versión directa de sus protagonistas.

Carlos Galettini, que fue asistente de dirección de Armando Bó —director de casi todas las películas de Sarli—, me narró con enorme gracia los niveles a que llegaba el pudor de Isabel en el momento de filmarse sus escenas de desnudos. En éstas sólo podían participar el operador de cámara y el director. Curioso por ver a la mítica belleza en vivo, Galettini se atrevió a asomarse al río, autojustificándose por su trabajo de asistente. “El chiquito, ¡que se vaya!”, gritó desde el agua Isabel, porque no quería mirones. Galettini mide 1.55 m... Las anécdotas de Carlos Galettini son verdaderamente humorísticas y sabrosas. “Sabíamos que la filmación tocaba a su fin porque comenzaban a volar platos... La Coca estaba cada vez más malhumorada. Y es que, una vez terminada la película, Armando volvía a su casa, con su familia. Por eso filmaron tantas películas, y en diferentes países. Era la oportunidad de volverse a ver y estar juntos”.

El pudor estaba inscrito en las filmaciones mismas, como escribí antes. En varias películas (*Sabaleros*, *Carne*), el personaje de Isabelita sufre un estupro colectivo, pero en los primeros planos las manos que acarician sus pechos no son de ninguno de esos hombres, agresivos violadores, sino las cariñosas de Armando Bó. Púdicos al máximo también ellos, todo debía quedar, si no “en familia”, al menos “en la pareja”.

Otra anécdota, que leí o me contaron, tenía que ver con la madre de Isabel. Cuando invitaban a la señora a los estrenos, alguien debía distraerla durante las escenas de desnudos, para que no se diera cuenta de que su hija Isabel aparecía exhibiendo su cuerpo.

La censura también ayudó involuntariamente al mito, cortando escenas. Ningún director argentino padeció tanto la censura, como Armando Bó. Razón por



Isabel Sarli

la cual una y otra vez filmó en diferentes países: Argentina, Brasil, Uruguay, Paraguay, México. En Argentina el cine de Sarli-Bó ya estaba “marcado”. Muchos pasajeros de barco en el curso que lleva de Buenos Aires a Montevideo viajaron en esos años porque en el Uruguay liberal las películas de Bó eran aceptadas sin tijeretazos. Hoy resulta difícil imaginar qué pretendían proteger los censores argentinos al impedirles a los espectadores de su país ver o admirar el cuerpo desnudo de Isabel Sarli. Sin calcularlo de antemano, con esa actitud ayudaron a convertir a la estrella en un icono de la lucha contra la censura, y hasta del feminismo que defiende para la mujer los mismos derechos que para el hombre. Isabel Sarli fue una pionera en la resistencia contra la pudibundez hipócrita de los censores y del sector social que éstos representan.

Una noche, disfrutando con un daiquirí la fresca nocturna bajo los arcos del Hotel Nacional, en La Habana, Eliseo Subiela me señaló a una mujer que había pasado ya una vez delante nuestro: “Ella es la Coca Sarli”. Estupefacto ante aquella visión, escuché también que Eliseo añadía: “Yo fui asistente de Armando Bó. Vamos a saludarla”.

La foto es testigo. Un tesoro increíble cuya posesión no hubiera podido siquiera imaginar en la adolescencia. El corazón me latió a mil. ¡Isabel!

El misterio de su presencia en La Habana era sorprendente, porque su nombre no sólo no resonaba entre los espectadores cubanos del Nuevo Cine Latinoameri-



Jorge Ruffinelli con Isabel Sarli y Eliseo Subiela en el Hotel Nacional en La Habana

cano, sino que era totalmente desconocido. Desde los comienzos de la revolución, y durante casi medio siglo, la pudibundez revolucionaria había sido equivalente y tan radical como la de los censores burgueses argentinos. El marxismo jamás entendió el lugar de la sensualidad en la vida cotidiana. O del erotismo. Las películas de Armando Bó e Isabel Sarli no habían engalanado las salas cubanas y, como resultado, el mayor símbolo femenino del cine argentino podía pasearse por el Hotel Nacional en el casi total anonimato.

Isabel Sarli —la señora Sarli— estaba entonces en La Habana, en compañía de su hija Isabelita, por el azar de una conversación. En Buenos Aires, mientras charlaba con un funcionario del Instituto Cinematográfico, había recordado que muchos años antes, cuando fue elegida *Miss Argentina* (1955), le habían dado a escoger un lugar de veraneo, y ella eligió La Habana. Así conoció Cuba. Y el funcionario tuvo de inmediato la dichosa idea de invitarla a regresar.

Ahora, sin embargo, se trataba de mi propio regreso a casa. Terminado el Festival de Cine, me quedaba la dolorosa acción de levantarme, al día siguiente, con tiempo para llegar a las cuatro de la mañana al aeropuerto José Martí. Mi avión salía a las seis. En el *hall* del Hotel Nacional encontré a Isabel y a su hija. Preocupadas porque no les habían enviado un taxi, las invité a ir conmigo en el que yo había reservado. En el aeropuerto José Martí nos ubicamos en la larga fila de personas que esperaban la aparición de algún empleado con la función de comprobar pasaportes y boletos. Y estuvimos allí, conversando amigablemente, durante una hora y media.

Isabel comenzó por contarme, en un susurro, que su hija, que lleva su mismo nombre, nació después de que Armando falleciera. “Armando no llegó a conocerla”, me dijo, y yo tomé la cosa naturalmente aunque recordé que, de todos modos, Isabelita fue adoptada. Conversamos mucho sobre Armando Bó y yo confesé ser uno de sus *fans* inveterados (de Bó y de ella), con posesión en DVD de casi todas sus películas. A Isabel aún le faltaba localizar una, filmada en Sudáfrica, para un proyecto de la televisión. Poseía todos los cortes de la censura, a lo largo de su historia, y con ellos se planeaba hacer un documental. La idea me pareció fantástica. Un festín de Isabel, de su belleza.

Luego me contó que, estando en un *set*, pocos años antes, unos focos le cayeron encima, y en consecuencia hubieron de operarla y ponerle una placa metálica en el cráneo. ¡Auch! La miré sorprendido. Cuántos avatares ha padecido en su vida.

La historia de sus accidentes no acabó allí. Me contó que, en otra oportunidad, otro accidente le destrozó una pierna. Los médicos la operaron y le incrustaron clavos, tornillos y placas para que pudiera volver a caminar.

De pronto, con una sensación creciente de horror, advertí que la diosa de mi adolescencia se había convertido en la Mujer Biónica, y que aquella belleza espectacular y natural de su cuerpo, de sus piernas magníficamente torneadas, contenía auxilios invisibles.

Durante esa hora y media de espera intercambiamos teléfonos y *mails*, nos convertimos en viejos amigos unidos por la pasión del cine. Y, en mi caso, por mi pasión temprana y absurda por ella, que compartí con cientos de miles de espectadores. A sus setenta y cinco años, Isabel sigue siendo una mujer magnífica, amorosa, simpática e inteligente. Hablamos de muchos amigos comunes del medio cinematográfico. Le prometí visitarla. No lo hice. Probablemente no lo haré. Hay que dejar el mito en el terreno de los sueños.

El mostrador de Cubana de Aviación se abrió, la fila avanzó. Las dos Isabeles viajaban a Buenos Aires, yo a California vía México. Unos pocos años después, hoy, leo en *The New York Times* sobre la retrospectiva y el homenaje que le ofreció el Lincoln Center. Yo la había conocido en carne y hueso (y placas metálicas) en un país pudibundo, Cuba, y ahora la retrospectiva se hacía en otro país igualmente pudibundo, Estados Unidos. Dos naciones con un temor enorme al desnudo y a la naturaleza.

En cualquier sitio en que esté, Isabel Sarli (quien desde aquel distinto amanecer en el aeropuerto José Martí, para mí ya es *Coca*) será siempre la triunfadora, el icono de una libertad que unos pocos se empeñan en compartir y algunos menos entienden. ■